

# Catalunya como proyecto

RAIMON RIBERA

LA VANGUARDIA, 02.10.07

Artículos recientes en estas páginas han planteado la falta de un proyecto de país en Catalunya. Es una cuestión importante, pues es cierto que la realidad de un país queda configurada por el pasado (herencia, memoria, tradición), pero también por el futuro (el proyecto compartido).

La Catalunya actual tiene como mínimo tres grandes herencias: la de los viejos catalanes, la de los viejos inmigrantes y la de los nuevos inmigrantes. Con estas herencias y en el contexto sociocultural de nuestro mundo deberá formularse el proyecto. Un proyecto no sólo basado en el voluntarismo de la razón, en cálculos y planes estratégicos, sino también en una dinámica emocional, en una reorientación profunda de perspectivas capaz de movilizar, de aglutinar.

¿Un proyecto o varios? A nivel más pragmático, la diversidad de proyectos es enriquecedora y motivadora. Pero en una nación sin Estado es necesario que a un nivel más global se consensúe mayoritariamente y se comparta un gran proyecto básico, un proyecto que subraye lo que hay más allá de las fracturas que cruzan nuestra sociedad.

¿Qué podemos, pues, compartir? Es fácil compartir un territorio, un paisaje. No es tan fácil, pero en nuestro caso es básico, compartir una lengua, una cultura, así como una historia, una tradición. Pero un proyecto necesita algo más para ser tal. Necesita que se compartan

unos valores, que devienen referentes cualitativos y aglutinantes del proyecto. Sin valores, no hay proyecto.

¿Qué valores podemos y deseamos compartir? ¿Qué valores queremos que nos caractericen como colectivo? Permítanme sugerir algunos. El respeto por la belleza del paisaje natural y urbano, y el respeto por el patrimonio cultural heredado. La convivencia cívica y el respeto a la libertad del otro, y al mismo tiempo la solidaridad con los pobres, con los que sufren, aquí y en otras regiones del mundo. La voluntad de compartir itinerarios vitales: no vivir cada cual su vida en soledad, sino compartir la vida con otros. La honestidad y el respeto hacia uno mismo y hacia los demás, o sea, el ser buenas personas, el tener palabra, el amar al otro respetándole, el rechazar la hipocresía, el hacer bien el trabajo... La voluntad de innovar, de mejorar. El respeto del equilibrio entre trabajar y vivir. El comprometerse en la construcción de una vida colectiva atractiva, que motive, capaz de producir satisfacción por pertenecer a nuestro pueblo.